

La fertilidad de las tierras bajas

The Fertility of Lowlands

José Antonio Piqueras
Universitat Jaume I. España
jose.piqueras@uji.es

Resumen

When the twentieth five anniversary of the release of Julián Casanova's well-known piece, *La historia social y los historiadores*, gets closer, its reedition invites us to review a writing that had the virtue to offer a survey and interpretation of one of the most fertile and renewed perspective yielded in the twentieth century historiography. Its appendix and annex of 2003, devoted to Spanish historiography, continues to be a source of discussion or at the very least a good opportunity to hark back to controversies suspended over time.

Key Words

Social history, historical renovation, Spanish contemporary historiography.

Resumen

Cuando van a cumplirse veinticinco años de la edición de la obra de Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, su reedición nos invita a revisar un texto que posee la cualidad de ofrecer una síntesis y una interpretación de una de las perspectivas más renovadoras y fértiles producidas por la historiografía del siglo XX. El apéndice al libro y el anexo de 2003, dedicados a la historiografía española, continúan siendo fuente de discusión, o al menos son una buena oportunidad para regresar a las controversias suspendidas en el tiempo.

Palabras clave

Historia social, renovación histórica, historiografía española contemporánea.

Nueva lectura de un clásico

Regresa a las librerías un libro útil que no ha dejado de estar presente en la bibliografía de los jóvenes historiadores en España y en América Latina, un libro al que tanto debemos quienes hemos seguido la evolución de la historiografía desde la segunda mitad del siglo XX en la perspectiva que da título a esta obra.¹ De alguna forma,

¹ Julián Casanova, *La historia social y los historiadores* (Barcelona: Crítica, 2015).

también se hallan en deuda con él los colegas de profesión que en la distante fecha de 1991 reaccionaron airados a su aparición, o para ser precisos, detuvieron su atención en las ocho páginas dedicadas a la historiografía doméstica que el autor encabezaba con el provocador rótulo de *El secano español*; gracias a esta coda, tuvimos un amago de controversia. (Una modalidad de esto último, de tradición tan ibérica como el ninguneo, es el recurso a la crítica de estilete mediante encargo interpuesto, tarea de sicario intelectual, sin escrúpulos ni sujeción al texto que comenta, ajeno incluso a que parezca un accidente. Algo de eso hemos conocido en primera persona).

En las páginas iniciales de *La historia social y los historiadores*, Julián Casanova nos anunciaba “las claves para la comprensión del desarrollo de la historia social” y nos invitaba a acompañarle en su recorrido por “los ejes centrales de la evolución de la historia social, desde su nacimiento a la crisis actual”. El inicio contenía el desenlace al transmitir la idea de un ciclo que se había completado y la incertidumbre de su porvenir (esperanzado) ante agotamientos y nuevos desafíos. El libro posee una dimensión más precisa si lo asociamos a la voluntad de saber entendida como una peregrinación personal: cómo, por qué y cuándo se ha ido creando el marco disciplinar en el que hemos inscrito una determinada forma de abordar la investigación histórica. Ninguna obra entre nosotros (con la excepción temprana y persistente de Josep Fontana)² ha ofrecido nada semejante, aún cuando contemos con varias contribuciones valiosas de introducción a la historiografía (Moradiellos, Aróstegui, Pasamar, Gil Pujol, Baldó).³

La historia social y los historiadores es la peregrinación de un autor que ha venido a ser uno de los historiadores españoles más reconocidos, en el país y en el ámbito internacional. Su itinerario particular parece ser compartido por una generación insatisfecha de las preocupaciones y debates de los años setenta y ochenta (recordemos: la transición del feudalismo al capitalismo, la revolución burguesa y las características de la estructura social en el siglo XIX, los bloques de dominación en el XX, la forma descriptiva e institucional de reconstruir la trayectoria de la clase trabajadora organizada, la visión heroica y exclusivamente clasista de la revolución social que acompaña a la Guerra Civil, etc.); insatisfecha de la escasa inserción en el contexto intelectual internacional (de entonces) y de la ausencia de los resultados que podían esperarse de la recepción de determinadas corrientes internacionales, en particular, de los autores marxistas británicos, convertidos en algún momento en tabla de salvación a un tiempo ideológica, comprometida y empírica. Había un debate afuera que consumía una década y aquí llegaba un eco muy mitigado.

² Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona: Crítica, 1982) y *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica* (Barcelona: Crítica, 1992), entre otras.

³ Enrique Moradiellos, *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia* (Oviedo: Universidad de Oviedo, 1992; reimpr. Madrid: Siglo XXI, 2001); Julio Aróstegui, *La investigación histórica. Teoría y método* (Barcelona: Crítica, 1995); Gonzalo Pasamar, *La historia contemporánea. Aspectos historiográficos* (Madrid: Síntesis, 2000); Xavier Gil Pujol, *Tiempo de política: perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2006) y Marc Baldó, *Introducció a la Història. Praxi, estructura i canvi* (Valencia: Universitat de València, 1992; reimpr. Valencia: Universitat de València, 2009).

Como en las mejores peregrinaciones, los hallazgos y reencuentros dependen menos de la meta que de las expectativas depositadas en el trayecto, y del texto se desprende el deslumbramiento del autor al estilo de las mejores epifanías. La estructura de la exposición en tres fases refuerza el sentido: los orígenes, la edad de oro y la crisis (de entonces). Porque la historia social se introdujo para cuestionar y poner en crisis la historia convencional en torno al poder (política, Estados, instituciones, personalidades), y su desarrollo ha ido acompañado de crisis permanentes, de cuestionamientos acerca de la forma de explicar los hechos sociales, de seleccionar o excluir factores, de interpretar los elementos que intervienen en la interacción social, etc. La historia social aportó rebeldía, recuerda Casanova. La inconformidad es uno de sus signos vitales; de ahí que periódicamente parezca próxima a su extinción por agotamiento o por absorción desde campos que presumen de una mayor fertilidad.

Los intereses del autor presiden la organización del libro y su *tempo* de ejecución: los orígenes, la reacción en contra del historicismo y el positivismo de la escuela metódica, la reacción a la apología del poder frecuente en la historia académica, la emergencia del marxismo historiográfico, la historia popular en Gran Bretaña y los Estados Unidos de finales del siglo XIX, la primera dimensión histórica de la que se dota la sociología, la historia sindical y militante, el nacimiento de la historia económica y social académica, hasta llegar a los *Annales* de Marc Bloch y Lucien Febvre, consumen apenas veinticuatro páginas. La edad de oro circunscrita a la segunda generación de la Escuela francesa, a la que se dedica una atención tangencial; el proyecto de historia social alemana, descrito de forma somera; y la historia marxista británica, convertida en el centro de atención, consume setenta y cinco páginas, –la mitad libro–. La crisis de la historia social “clásica”, sus huellas y diagnóstico se llevan veintiocho. La “salida del túnel”, un epílogo prospectivo que se detiene en dos de las alternativas, la sociología histórica y la historia teórica, se resolvía en veintiuna páginas.

Un breve apéndice sobre el lugar de la historiografía española en ese carrusel atrajo la atención entre distante y apasionada de unos cuantos autores disconformes con el diagnóstico de un terreno yermo. Unos consideraron injustamente ignorados a sus maestros y, por extensión, la reciente obra que ellos mismos estaban produciendo. Otros se dieron a la tarea de rescatar a los precursores para explicar a continuación cómo 1939 había puesto fin a una prometedora evolución que venía de comienzos del siglo XX y –supuestamente– había ofrecido frutos estimulantes en los años veinte y treinta. Por último, podía resultar sospechoso que los únicos autores españoles considerados innovadores que aparecían citados en el libro y en el apéndice fueran muy cercanos al autor: el rigor no es monopolio de nuestros admirados y de los amigos, aunque nos reconforta pensar que son rigurosos. Las 160 páginas anteriores parecieron importar poco a los reseñadores: comentarios rutinarios, algún saludo a lo inusual del ejercicio, una mal disimulada aceptación de la noción de “secano” y de otras expresiones tomadas por displicentes (“cansado de la penuria de nuestras universidades”; en España “no había nada que renovar” por ausencia de antecedentes; el “desinterés y [...] la falta de disciplina intelectual tan típicos en nuestros ambientes universitarios”; tantos dispuestos a dejarse cortejar por los poderes locales y a celebrar a las nuevas autoridades los aniversarios que apetecían en detrimento de una investigación planificada, etc.).

La tercera edición del libro –1991 y 2003 fueron las anteriores– se ofrece sin otra novedad que una nota en la que se reafirman los objetivos originarios y se constata que la diversidad humana reclama miradas diferentes. Supone reconocer que es mucho más híbrida, según repite el autor con Tosh, que la combinación de procedimientos analíticos y técnicos, así como de teorías y prácticas en competencia, esto último materia de su exposición. Las páginas iniciales de la nueva edición levantan acta de los cambios en la forma de escribir la historia: saluda el regreso a la narrativa y un interés predominante por los factores culturales y políticos, que Casanova se apresura a deslindar de los términos empleados por la historia tradicional. En algún momento debería revisarse cuánto de nueva tiene la nueva historia política que se hace en España (y de las ideas políticas), una vez se descuentan las referencias obligadas a autores del panorama internacional y se registra en el apartado metodológico un modelo que no siempre encuentra el lector en las páginas que siguen, muchas veces de factura técnica impecable.

Veinticinco años después de la primera edición del libro de Julián Casanova pareciera que el pasado, también en esto, es otro país. El conocimiento de las teorías y prácticas expuestas por el autor con inhabitual desenvoltura entre nosotros constituye un ejercicio útil de arqueología del saber. Y el libro puede ser analizado además como una interpretación entre las posibles de la genealogía de la historia social, un libro de historiografía al mismo tiempo que un ensayo discriminatorio, en el sentido creativo, de los procesos de selección. Veamos. En primer lugar, el autor sigue una tradición sólidamente establecida en la historia intelectual que hace derivar la evolución de la disciplina de las reflexiones y debates en el seno de la propia disciplina (nacional e internacional) y del ambiente institucional universitario (desde el grado de profesionalización a los procedimientos de cooptación de los profesores). Podemos coincidir sin dificultad en esa explicación que resuelve parte de la cuestión, no toda la cuestión, pues en tanto disciplina cultural no puede ser considerada ajena a los cambios culturales que se operan en una sociedad, ni estos de la evolución en su conjunto de la misma sociedad y de sus problemas e intereses. ¿Qué ciencia social puede desprenderse de la coyuntura? En segundo lugar, el autor concede una importancia central a la condición nacional de una historiografía y de las ciencias sociales: al examinar las características de la sociología histórica norteamericana, introduce en una misma categoría a Smelser, Mills, Wallerstein y Skocpol, como si compartieran preocupaciones y supuestos metodológicos; “los franceses”, nos dice, escogieron la rebelión contra la historia política tradicional; el marxismo británico y la historia radical se ofrecen dotados de una semejanza y unitarismo que dista mucho de verse confirmada. Claro es que existe un componente fuerte de empirismo en toda la historiografía de Gran Bretaña y Alemania, sin el cual los textos no son reconocidos y los aspirantes al medio académico carecen de cualquier oportunidad. Es un prerrequisito que no define la originalidad ni la calidad final del resultado, aunque ayude a lograr esta última.

No toda la historiografía francesa –tampoco la social– posterior a 1946 se inscribe en la llamada Escuela de *Annales*. Pierre Vilar nunca perteneció al núcleo de la revista ni compartió sus postulados dominantes. Algunos de los autores luego asimilados en la tarea de captación y engrandecimiento de la *Nouvelle Histoire* fueron explícitamente repudiados por los mandarines de la renovación, como Phillippe Àries, sin el cual es

difícil entender esa subespecialidad que es historia de la vida cotidiana. Michelle Perrot, después involucrada en la historia de la familia y de la mujer, pertenece como Vilar a la tradición de Ernest Labrousse, y está asociada por décadas a *Le Mouvement Social*, un sello muy distinto de *Annales*. Albert Soboul fue discípulo de Georges Lefebvre. La mera enunciación de estos nombres, historiadores sociales, obliga a revisar las adscripciones nacionales unificadas. Y podemos continuar con Mousnier, Furet, Richet, los altusserianos, Chesneaux, Foucault y sus seguidores, quienes muy poco, o nada, tienen que ver con la afamada escuela, a pesar de coincidir con su momento de mayor esplendor.

Es obvio que podemos discutir las anteriores apreciaciones. Podemos acudir a lo escrito por uno u otro lector. La capacidad de efectuar lecturas personales nunca deja de asombrar. Leyendo lo que Peter Burke escribe sobre ciertas características de la historiografía francesa, uno tiene la impresión de haber leído autores distintos. Así, para Burke, Marc Bloch era demasiado cercano a Durkheim para comprender a Marx, y el más marxista de *Annales* sería, en su última etapa... ¡Braudel!, mientras que es con Labrousse con quien el marxismo comienza a penetrar en el grupo de *Annales*.⁴ Resolver una controversia de este tipo es relativamente sencillo: regresemos a la época y a la producción historiográfica, volvamos a las obras, comparemos.

Sigamos con el panorama internacional. De los límites y las controversias en que se ve envuelta la “ciencia social histórica” alemana, Geoff Eley ha dejado un buen testimonio en *Una línea torcida*, la visión de un entusiasta de todas las renovaciones que pronto se decepcionaba de cada una de las opciones que abrazaba.⁵

Los “historiadores marxistas británicos”, como los bautizó H. J. Kaye en un análisis que perseguía la finalidad de fijar unas líneas maestras comunes a unos cuantos de ellos (Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm y Edward P. Thompson, disculpándose por no haber comprendido a George Rudé y a Victor Kiernan), tienen en común su pertenencia al Grupo de Historiadores del Partido Comunista británico y una serie de debates y afinidades, también de diferencias nunca antagónicas, o el proyecto *Past and Present*, del que Thompson estuvo bastante desvinculado. Cada uno de ellos conoció una evolución, todos fueron empíricos y también incorporaron la teoría marxista en grado diferente, cada uno adoptó un marxismo flexible pero su flexibilidad variaba entre sí y en el tiempo. Varios de ellos fueron gramscianos, no todos lo fueron. Naturalmente, hay más historiadores británicos que se consideraron o podemos considerarlos marxistas. Raphael Samuel escribió un artículo remontando una determinada tradición a 1880, que hacía principiar con Marx.⁶ Estamos habituados a estos ejercicios. La *Nouvelle Histoire* reclamó el antecedente directo de Ibn Jaldún, entre otros muchos. Perry Anderson informó de las peculiaridades del “marxismo occidental”. Ahora bien, ¿es razonable reunir en una forma de hacer historia a Thompson y a Anderson? Quizá no sea suficiente tomar la prevención de señalar la inclinación del primero por la historia sociocultural y del

⁴ Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989* (Barcelona: Gedisa, 1993), 58.

⁵ Geoff Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia sociedad* (Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2008).

⁶ Raphael Samuel, “The British Marxist Historians, 1880-1980”, *New Left Review*, 120 (1980): 21-96.

segundo por la historia socioeconómica. La controversia reunida en dos libros (*The poverty of theory*, 1978; *Arguments within english marxism*, 1980) mostró una concepción distinta del marxismo, de la historia y de la articulación de la sociedad. Raymond Williams, incorporado a la relación, era marxista e inclinado a los estudios culturales, hasta cierto punto consecuente con su formación en literatura, con intereses y una percepción distinta del marxismo respecto de los citados. ¿Y Ralph Samuel y su celebración de la experiencia en el movimiento de los History Workshops, que despertó el escepticismo en los antes mencionados y la crítica descarnada en 1979 de Tony Judt, con su llamamiento a volver al centro de la política? ¿Es razonable reconocer en la misma corriente a Stuart Hall y a Michael Ignatieff, y a estos con Hill o con Hobsbawm?

Las historiografías nacionales son plurales y el nivel que llegan a alcanzar guarda relación con la continua circulación de ideas por encima de las fronteras, con los intercambios y los préstamos, no solo de las ciencias sociales del mismo país. El francés Bloch se inspiró en la Escuela Histórica Alemana y en el belga Henri Pirenne, aparte de asumir los postulados renovadores de Berr. Jaume Vicens Vives sentía respeto por Braudel y admiración por Charles Morazé, a quien siguió más que al entonces jefe de filas, sin desdeñar otras muchas filiaciones. La primera referencia del italiano Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, sobre el principal protagonista de la historia, el hombre común, remite al español Vicens leído a través de una cita de Pierre Chaunu, de 1965. Considerado en España un “receptor” de los postulados de *Annales*, la *Nouvelle Histoire* se anexó a Vicens como a uno de los suyos.

La génesis, el desarrollo y la crisis de la historia social que Casanova recorre es el fruto de una elección, básicamente el mundo de la historiografía británica, con dos contrapuntos menores, la norteamericana y la alemana, y una presencia depreciada de los “valores franceses”, doblemente devaluados: respecto a su influencia internacional y la secular incidencia de la historiografía francesa en España, y frente a la reivindicación de los autores que la califican de la revolución historiográfica del siglo XX. En *La historia social y los historiadores*, Bloch es citado menos veces que Lamprecht, Braudel tiene la mitad de las referencias que acapara Gareth Stedman-Jones, la segunda generación de *Annales* pasa rápidamente ante nuestros ojos. La escasa atención prestada a la historia social hecha en los Estados Unidos se limita a algún clásico, a Eugene Genovese (casi siempre asociado a los “culturalistas”), al proyecto de historia antropológica significativa de Clifford Geertz y a Charles Tilly, dejando fuera a los pioneros y a nombres consagrados como Herbert Gutman, David Montgomery, Natalie Zemon Davis o Joan Scott. Esto último nos trae al frente la ausencia de referencias a los estudios feministas y de género como uno de los campos fuertes emergentes en los años setenta y ochenta, de los estudios sobre esclavitud y raza, que con el anterior, entonces y ahora, ocupan un lugar destacado en la historiografía social de los Estados Unidos y cada vez en más países de pasado colonial y multiculturales. Una visión eurocéntrica, britanizante, omite las contribuciones latinoamericanas. Quizá sea injusto censurar en la primera edición la omisión de los *Subaltern Studies*, que irrumpieron en los años ochenta en el medio académico británico; la ausencia se hace más patente en las dos ediciones posteriores. Si “el secano” fue revisitado, con más motivo hubiera sido oportuno un post-scriptum sobre la evolución de la historia social que en los veinticinco últimos años ni se ha orientado de manera preferente a la sociología histórica, por interesante que resulten algunas de sus propuestas, ni mucho menos se ha hecho historia teórica. Nos gustaría

seguir leyendo el análisis de Casanova traído a nuestros días, con la misma claridad expositiva que imprime a las páginas publicadas. Con la historia social puede suceder, como afirmaba Febvre cuando quiso desvincularse de la adopción del término años atrás por él y por Bloch, que se le acabe asignando tantos significados que no quiera ya decir nada. No es todavía el caso, en 2015, no parece que lo vaya a ser en las próximas décadas a tenor del interés que despierta en las geografías más diversas y la riqueza de temas y de enfoques que se han incorporado.

Los trabajos de Sísifo

Llegamos así a “El secano español”. Sostenía su autor que la represión de 1939, el nuevo dogma y el aislamiento intelectual alimentaron una miseria historiográfica de la que únicamente comenzó a salirse de manera gradual en las postrimerías de la dictadura. Tampoco existía una tradición del pasado que reivindicar, frente a las voces que hacia 1990 se alzaban propugnando el retorno a Ranke, como si alguna vez se hubieran dado entre nosotros “la buena vieja historia” que en 1988 reclamaba Juan Pablo Fusi.⁷ Las nuevas monografías de los años 1970 y comienzo de la década siguiente, prosigue Casanova, asimilaban y aplicaban los debates teóricos historiográficos desarrollados más allá de nuestras fronteras. También “lo social” llegó de la renovación de la historia política, nos recordaba, fuera por adopción de conceptos de la ciencia política y la sociología, fuera a través de la historia política de la sociedad que sobre la Segunda República y la Guerra Civil aportaba el hispanismo norteamericano, o por las contribuciones sobre el siglo XIX de la escuela hispanista de Oxford a través de los discípulos de Raymond Carr. (¿De verdad, la obra de Joaquín Romero Maura y la de José Varela Ortega pueden ser asimiladas? Atribuir al segundo “rigor empírico [...] y uso de una amplia variedad de fuentes” es una notoria exageración que resiste mal su verificación empírica en *Los amigos políticos*).

Sostiene Casanova que la historiografía española en las postrimerías de la dictadura y en los primeros tiempos de libertad carecía de una tradición que recuperar porque la profesión se encontraba antes de la Guerra Civil en un estado incipiente. En segundo lugar, la destrucción de la ciencia y el aislamiento intelectual al que condenó la dictadura a la universidad retrasó hasta tal punto la recepción de las orientaciones internacionales, que la historia social fue quizá su principal víctima, al menos hasta que a finales de los años sesenta comenzaron las traducciones y, con más seguridad, cuando a lo largo de los setenta (la mayoría de los autores que son citados publicaron en la segunda mitad de la década), dieron a conocer sus investigaciones. Afirma, en tercer lugar, que la historiografía española no había producido una corriente original, noción a la que concede importancia y que asume de Santos Juliá. En 1989 este último había publicado su memoria de oposiciones, *Historia social/ sociología histórica*, con deslices que no habrán pasado desapercibidos a una lectura atenta, y donde proponía una división del trabajo histórico (el acopio de datos) y sociológico (la interpretación y la teoría) que de otra parte desmiente su dedicación al oficio, después de haber recibido una formación de sociólogo.⁸ Concluye Casanova el diagnóstico: las condiciones del

⁷ “[...] sólo existe el historiador”, el empirismo moderno y la inteligencia del autor, afirma Juan Pablo Fusi, en “Por una nueva historia, volver a Ranke”, *Perspectiva Contemporánea*, 1 (1988): 153-54.

⁸ Santos Juliá, *Historia social/ sociología histórica* (Madrid: Siglo XXI, 1989).

sistema universitario español no favorecieron una recuperación rápida del tiempo perdido.

En “El secano español revisitado” (2003), aparte de deshacer imputaciones apresuradas que le cayeron encima por el Apéndice de la primera edición, y de introducir matices oportunos, admitía el autor que la historia económica había comenzado a producir trabajos en una línea de homologación a la historia internacional desde la década de 1970, a diferencia de lo sucedido con la historia social. Pero, ¿acaso los sistemas académicos no eran idénticos? ¿Por ventura se daba mayor concentración de inteligencia en una rama de la historia que en otra? La historia social había salido a la luz a través de la historia del movimiento obrero, necesaria en su momento, sin dejar de ser descriptiva, institucional y cargada de preconcepciones, nos decía. La historia agraria, en cambio, añade ahora, también había realizado grandes y rápidos progresos. Pero la historia agraria, hemos de precisar, es uno de los escasos lugares de confluencia de lo económico y lo social, lo sociológico y lo antropológico. La pregunta es por qué algo semejante no se trasladó a la historia de las clases trabajadoras, que se nos hizo más cultural y menos económica, disociada de los procesos productivos, ajena al ámbito de la sociología laboral, menos antropológica y más política.

¿Disponía la historia económica española de alguna tradición anterior a 1939 que reconstruir? El primer volumen de *Carlos V y sus banqueros*, de Ramón Carande, aparece en 1943. Y a pesar del nivel excelente que ha alcanzado esta, aún no ha producido una corriente “original”, o una obra de referencia internacional por su valor metodológico. Mas insistamos en nuestro argumento: ¿es pertinente medir una historiografía en términos “nacionales” cerrados (y por qué no regionales, ya que la escuela de Vicens fue catalana e indirectamente valenciana)? ¿Es un criterio adecuado evaluar una historiografía por la producción de una corriente “original”? Aparte del desarrollo de la microhistoria italiana y de que Carlo Ginzburg la haya reivindicado para su país, ¿no hay que examinar la contribución de Natalie Z. Davis? La expresión, el concepto y hasta la densidad del interrogatorio, con una metodología peculiar, la había empleado en 1968 el mexicano Luis González –formado, entre otros, con exiliados españoles y en la Sorbonne– en su libro *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*.

Sostiene Casanova otros déficits que dificultan (o dificultaban) el avance de la historia social conforme a planteamientos innovadores. Santos Juliá había expuesto dos: la ausencia de una sociología que pensara la realidad, avanzada de la historia social a modo de escuadrón de zapadores, como afirmaba que había sucedido en otros países, y el defectuoso conocimiento que los historiadores tenían de la historia del pensamiento y de la investigación sociológica.⁹ Casanova sostiene con aquel que la historiografía española no afrontaba los grandes problemas de la formación del Estado, sin lo cual no parece posible hallar el significado de la sociedad. La afirmación es discutible por dos razones: no establecía una relación argumentada de causalidad y precisamente no faltaban los ensayos sobre la formación del Estado contemporáneo, el Estado liberal. En 1946, Antonio Ramos Oliveira publicaba en su exilio de Londres *Politics, Economics and Men of Modern Spain, 1808-1946*, básicamente incorporado a los tomos 2 y 3 de la

⁹ Santos Juliá, “La historia social y la historiografía española”, *Ayer*, 10 (1992): 42 (29-46).

Historia de España que se publicó en México en 1952 y que desde finales de esa década era accesible entre los académicos a pesar de su prohibición en nuestro país. La obra de Ramos Oliveira ejerció influencia en José María Jover y esa influencia fue formidable en Vicens Vives –cuidadosamente oculta subyace en la tercera parte de *Els catalans en el segle XIX* (1958), dedicada a la dinámica de las actitudes y de los acontecimientos–.

En 1953 se editaba en París la obra de otro exiliado, *Histoire Contemporaine d'Espagne (1789-1950)*. Su autor era Francisco González Bruguera, un discípulo del veterano Manuel Núñez de Arenas, heredero de la tradición marxista y de Altamira. Se trataba de una síntesis sugerente que combina la historia política-institucional con la atención a las estructuras socio-económicas y a una sucesión precisa de coyunturas. Dedicada a Braudel, Serrailh y Vilar, este último la descalificó por ser una historia poco estructural, imperfectamente marxista y falta de método ya que privilegiaba la ordenación política (el acontecimiento) en la ambición de explicar la marcha del Estado burgués; además, primaba el corto término sobre la larga duración y, gran inconveniente, atribuía un papel excesivo a la burguesía y a su triunfos, a un capitalismo financiero y especulativo nada semejante al cuadro industrial y productivo que establecían los cánones ortodoxos. ¿Cómo se le ocurría a Bruguera abusar de la noción de “burguesía agraria” y de “proletariado agrícola”?, se preguntaba Vilar, cuando España no había alcanzado el estadio de “nación burguesa” y, como era sabido, “su fascismo es un compromiso en el que las fuerzas de antiguo régimen, y el mismo extranjero, embridan una burguesía no triunfante, débil y amedrentada (lo que aumenta las posibilidades de la revolución)”.¹⁰ Vilar se sujetaba a la interpretación ortodoxa del Komintern y a la que sostuvo el Partido Comunista de España hasta mediados de los setenta. Su crítica descalificadora, desde una comprensión insuficiente de la historia contemporánea de España en la fecha en la que escribe, y desde una lectura dogmática poco acorde con los análisis sutiles que dedica a la Cataluña de la época moderna, acompañados de un estilo deudor de la época, sepultó en buena medida al autor español. Los argumentos fueron repetidos por Manuel Tuñón de Lara en su crítica a Bartolomé Clavero y a las nuevas interpretaciones del proceso revolucionario burgués que a partir de 1975, y por pocos años, animaron el panorama gris de la Transición.

En otra perspectiva, como buen weberiano, Miguel Artola vivió la preocupación por la construcción del Estado liberal desde 1959, solo que los marxistas de la época no consideraban su obra digna de discusión –un catedrático en activo en la universidad franquista, discípulo de Pérez Bustamante, emparentado con la alta jerarquía militar de la dictadura, etc.–.

Desde perspectivas metodológicas alejadas, Bruguera y Artola ponían el foco en la naturaleza de la sociedad y el Estado, el primero también en las fuerzas sociales, creando las condiciones de un debate que en Italia consumió los años cincuenta y sesenta, en Alemania los sesenta y setenta (con epígonos a mediados de los ochenta),¹¹ en Gran Bretaña se remonta a una década antes y de manera discontinua se proroga hasta los ochenta. En 1965, Thompson, en “Las peculiaridades de lo inglés”, salía al

¹⁰ Pierre Vilar, “F. G. Bruguera, *Histoire contemporaine d'Espagne, 1789-1950*”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 10, 4 (1955): 610-12.

¹¹ David Blackbourn y Geoff Eley, *The peculiarities of German history. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany* (Oxford: Oxford University Press, 1984).

paso de Perry Anderson y de Tom Nairn que cuestionaban la naturaleza de la clase dominante británica y del Estado en el siglo XVIII y la etapa victoriana, al considerarlos demasiado aristocratizantes, poco burguesas... El mal dado debate sobre la revolución burguesa española de los setenta y los primeros años ochenta pudo estar desenfocado, según algunos, a otros les resultaba excesivamente teórico, hubo quien entendió que era una trifulca entre marxistas (luego, “poco moderno” para lo que comenzaba a estilarse después de 1979-1981); en términos estrictos de controversia, conocimos descalificaciones y banderías. Todo eso no oculta que el debate era absolutamente pertinente, como las investigaciones que lo acompañaron y las que lo sucedieron. Y dejó conclusiones antes insospechadas sobre la sociedad, el tipo de Estado edificado y las categorías sociales que se fueron estableciendo.¹²

Es innecesario glosar los avances, los huecos que faltan por atender y los hándicaps de 1991 a nuestros días. Casanova lo hace somera pero justamente en el anexo de la segunda edición. Se puede actualizar y ampliar el análisis. La cuestión que sigue abierta es otra: las tradiciones anteriores a 1939 (nadie discute el efecto demoledor de la postguerra y la dictadura) y la labor reemprendida en los años sesenta y setenta. En el anexo de 2003, Casanova celebraba la recuperación y glosa de las lecciones de apertura de curso de la Universidad de Valencia, convertidas en síntoma de innovación. Destaca un discurso de 1922 de Rafael Altamira y una lección inaugural de su discípulo José Deleito Piñuela, de 1918. Que el segundo fuera recensionado por la *Revue de synthèse* tiene sentido si añadimos que Deleito conoció a Henri Berr en 1914, en el curso de una estada, y que en 1926, al ser creado el *Centre international de synthèse*, fue designado para integrarlo. *Annales* se dispuso muy poco después a asaltar ese trono que comenzaba a ser considerado desfasado. La historia de los emigrados en la época de Fernando VII, y con más certeza la historia de las costumbres en el siglo XVII que comenzó a publicar a partir de 1935, hacen de Deleito un historiador social. El concepto de historia de la civilización de Altamira tampoco se aleja de la *Revue de synthèse* y del sentido amplio de estudio de la sociedad, pero en su realización práctica –sus propuestas son más innovadoras en el plano discursivo que en el empírico, el libro es de ¡1911!– desempeña un papel complementario.

Los nombres de Altamira y Deleito ponen de relieve una circunstancia que está en el origen de la historia social y ha sido perdurable: los temas, las perspectivas, el protagonismo otorgado a colectivos y a la gente corriente, al margen de su técnica descriptiva, empírica, positivista en unos casos y atenta a cuestiones más teóricas en otros. Por el contrario, la condición de historia rebelde, analítica, crítica, anudada por medio de una trama teórica es difícil hallarla fuera del marxismo o de los *Annales* que principian con Bloch y siguen con Braudel (donde uno puso marxismo, el otro colocó funcionalismo estructural weberiano). La historia socio-estructural, bien representada por la historia económica y social, marxista o de otra inspiración, y por *Annales*, asumida por una línea de la sociología histórica, es una historia de hechos colectivos sin sujetos identificados, lo que exactamente no quiere decir que carezca de “sujeto”, como

¹² Remitimos al clásico de Juan Sisinio Pérez Garzón, “La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979”, en M. Tuñón de Lara y otros, *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen* (Madrid: Siglo XXI, 1980), 91-138; y a nuestro ensayo: “La revolución burguesa española. De la burguesía sin revolución a la revolución sin burguesía”, *Historia Social*, 24 (1996): 95-132.

afirmaron quienes proclamaban el “retorno” de este para referirse a la primacía del estudio de los individuos y de una historia subjetiva. La historia social es plural y poliédrica, los intentos por reducirla a una de sus versiones (analítica, dialéctica, narrativa, cultural, socio-política, estructural, subjetiva, behaviorista, micro, etc.) nos hablan más de los autores que lo pretenden que de una perspectiva de estudio consensuada de la historia.

La reacción metodológica de los años 1950 y 1960 que con tanto esfuerzo en España iniciaron Vicens, Nadal y unos pocos más, no fue únicamente en contra de los Ballesteros, Pérez Bustamante, Alcázar, Pérez Villanueva, Pabón y otros representantes de la más rudimentaria historia institucional y política, beneficiarios del botín universitario de la posguerra. Deleito, depurado de la universidad, mantuvo sus publicaciones bajo la protección de Gregorio Marañón. Con motivo de la aparición del sexto volumen de la serie sobre la época de Felipe IV, Núñez de Arenas saludó en el *Bulletin Hispanique* la “forma amena” de instruir “esparciendo el ánimo” que presidía el trabajo del autor.¹³ Es como decir: es distinto de la literatura acartonada e ideológica (en el peor sentido) que predomina en la España Interior, entretiene hablando de lo que no suelen incluir los libros de Historia. Es historia de la civilización altamiriana, y hasta anticipa una historia sociocultural pujante desde los años ochenta. Ahora, en 1951, ¿es nueva historia?

La *Historia de España y de la civilización española*, de Rafael Altamira, publicada entre 1900 y 1911, fue reconocida por Braudel como una de las precursoras de la historia que trasciende lo episódico y dirige su atención a la sociedad.¹⁴ Las lecciones que impartió en el Colegio de Francia en 1923, actualizadas en 1929 y editadas tres años después como *Histoire de Espagne*, es historia de síntesis, débilmente analítica, impregnada de consideraciones sociales. ¿Tuvo continuidad? Retirado de la profesión de historiador, anciano y vencido, Altamira, podía ser considerado inspirador lejano de una corriente renovadora que al no actualizar sus postulados metodológicos estaba quedando anticuada. Los alumnos de Altamira hubieran sido los más adecuados para impulsar esos cambios. También los de Américo Castro, cuya filología histórica abría caminos inexplorados. La mayoría de los alumnos destacados del primero, en el exilio, se habían formado en la historia del derecho y de las instituciones, aunque evolucionaron más tarde: Javier Malagón se interesa por la preparación del código negro carolino; Ots Capdequí es un experto en la propiedad de la tierra indiana. Ramón Iglesia, formado con Américo Castro, alentó el estudio historiográfico, la preparación de la investigación, la combinación del método analítico y el sintético, el seminario como forma de trabajo, aparte de “redescubrir” las crónicas de la conquista y la obra de Solórzano como fuentes para una historia de las sociedades históricas. José Miranda, jurista de formación, más tarde experto en el tributo indígena, contribuyó a renovar la historia cultural, económica y social en México. El Colegio de México, que los acogió, ofreció pronto varias promociones de jóvenes bien formados y orientados en muchos casos a la historia de la sociedad.¹⁵ En 1953 se publicaba en México *El mediterráneo* y

¹³ *Bulletin Hispanique*, vol. 53, 4 (1951): 433-6.

¹⁴ Fernand Braudel, “Aportación de la historia de las civilizaciones” [1959], en *La historia y las ciencias sociales* (Madrid: Alianza, 1968), 131.

¹⁵ Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962* (México: El Colegio de México, 1990), 109-74.

el mundo mediterráneo, traducido en la colección de Grandes Obras de Historia que orientaba el español Wenceslao Roces, uno de los traductores de Braudel.

Ahora bien, una cosa es la tradición historiográfica liberal, en proceso de profesionalización antes de 1936, ávida de incorporar las obras modernas, en vías de participar en redes internacionales, con una fe inmensa en el método, como nos recuerda Ignacio Peiró, esto es, en condiciones de introducir la historiografía española en las corrientes más actuales; y algo muy distinto es que hubiera ingresado en la vanguardia de la historiografía europea, participando, siquiera a remolque, de la corriente de ruptura que en los años treinta renovarían el panorama existente.¹⁶ De Ramón Iglesia es el balance sobre la producción del Centro de Estudios Históricos, lo más avanzado del momento anterior a 1939: aparte de algún estudio interesante sobre instituciones medievales, dice:

No se había publicado [...] ni una sola obra seria sobre problemas históricos esenciales para la vida del país, que fuera fruto de la actividad de un historiador profesional. Los españoles desconocíamos y despreciábamos la historia posterior a la invasión francesa y el resultado de ese desconocimiento lo estamos sufriendo hoy. Nuestras grandes figuras en el campo de los estudios históricos no habían querido comprometerse, no habían querido opinar [...].¹⁷

El olvido de la época contemporánea por la historia académica no se debía solo a la aversión del franquismo por la era del liberalismo. A diferencia de la historia popular decimonónica de Fernando Garrido o Pi y Margall, contemporáneas a los acontecimientos, los historiadores habían sido reacios a estudiar los siglos XIX y XX, y la crítica podía retrotraerse en gran medida al XVIII. Nuestros autores de la época reclamaban método, pero la renovación que habían emprendido seguía poniendo el foco de atención en lo institucional, incluso cuando aludían a las relaciones sociales las comprendían en marcos muy institucionales.

La recepción y los receptores de una nueva historia

¿Reacción metodológica de los años 1950 y 1960 en España? Naturalmente, con la dificultad añadida de la pobre tradición anterior, coincidamos con Casanova. Y del desmoche de la posguerra y la generación franquista que sentó plaza prácticamente hasta mediados de los años ochenta, con tantos alumnos que después estuvieron (y se manifiestan) agradecidos.¹⁸ Dígase sin complejos: reacción metodológica; limitada y con limitaciones, reacción al fin y al cabo. ¿Qué otra cosa es la obra de Antonio Domínguez Ortiz sobre la esclavitud en Castilla o los conversos? Por los mismos años, Julio Caro Baroja se daba a la tarea de desarrollar una historia etnológica de la exclusión y la marginación (moriscos, judíos, brujas), y emprendía un sorprendente análisis socio-histórico del carnaval, abordaba el estudio de la Inquisición a través de sus oficiantes, como más tarde se ocuparía del anticlericalismo en la larga duración.

¹⁶ Ignacio Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014), 24-7.

¹⁷ En Salvador Bernabéu Albert, “La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905-1948)”, *Revista de Indias*, 235 (2005): 763 (755-72).

¹⁸ Volveremos a Gonzalo Pasamar Alzuria, *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991).

Escéptico sobre modas, corrientes y denominaciones, todavía hoy es uno de los escasos historiadores españoles cuyas monografías de investigación han sido traducidas a lenguas extranjeras. ¿O repetiremos, con la decisión administrativa de separar los departamentos de historia moderna y contemporánea, en 1965, la inclinación a ignorar cuanto sucede de un lado y otro de la frontera imaginaria de 1808?

En 1951 se editó un pequeño texto de José María Jover Zamora, *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, que hemos calificado de hito de nuestra historia social. Hito, no por lo que resuelve sino por las preguntas que se hace el autor y por la aspiración que expresa a un análisis de la sociedad que se integre en la historia y devuelva a los grupos sociales el protagonismo perdido en favor de una historia del Estado de marcado carácter neopositivista.

Un lugar aparte merece la *Historia de España social y económica* dirigida por Vicens Vives, en especial la parte española de los tomos dedicados a los siglos XVIII a XX, para la que contó con la colaboración del joven Jordi Nadal y de Domínguez Ortiz. Las insuficiencias son deudoras de la escasa acumulación de información, menos de la opción metodológica, bastante ecléctica pero impregnada del modelo *annalista*. ¿Fue una obra aislada, como la del solitario D. Antonio?

Afirma Casanovas en “El secano” que la historia española de la época prescindió de la esfera socioeconómica y del análisis de los elementos anónimos y colectivos. “La influencia de *Annales* [...] fue escasísima” y únicamente podía citarse el caso aislado de Vicens Vives. Véase la lectura radicalmente distinta de José María Jover Zamora al levantar acta de la producción histórica sobre el siglo XIX, de los lustros anteriores a 1974: desde 1950, sostiene Jover, la influencia de la nueva historia, con atención preferente a lo económico y social, “a las muchedumbres como protagonistas de la historia”, ha sido creciente y perdurable. Para Jover, no era una mera exportación de modelos, métodos e influjos, porque la nueva escuela francesa había tomado la historia de España como campo de estudio (Febvre, Braudel, Vilar, Chaunu, Lapeyre, Salomon, Benassar...). Así, se refiere a la gran influencia de Braudel en la generación español de 1950 y el impacto que tuvo la edición de su libro *El Mediterráneo*, fueran o no modernistas los lectores. Nadal, Giralt, Reglá, Ruiz Martín, etc., estaban en esa estela¹⁹ –aunque Josep Fontana ha discutido que su maestro fuera ganado por *Annales* y que Ruiz Martín fuera introductor de nada–.²⁰ Solo un gesto mezquino excluiría el primer libro de Enric Sebastià, sobre la Valencia de la Restauración (1966), de neta influencia braudelina, antes de virar su autor hacia el marxismo y centrar su atención en la revolución burguesa española.

La historia social, continua Jover, venía a constituir la subdivisión más nutrida y más cercana al designio de una *historia total* “mediante la incorporación y contraste de elementos procedentes de un campo de investigación relativamente nuevo entre nosotros (el de la historia social)”, si bien reconocía “una cierta inseguridad en la

¹⁹ José María Jover Zamora, “El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972),” en J. M. Jover Zamora (dir.), *El siglo XIX en España: doce estudios* (Barcelona: Planeta, 1974), 9-151.

²⁰ Josep Fontana, “L’epistolari de Jaume Vicens Vives. Notes de lectura”, *Manuscrits*, 19 (2001): 158 (157-62). La recepción de estas y otras corrientes, en Benoît Pellistrandi (ed.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España* (Madrid: Casa de Velázquez, 2002).

definición de problemas y en el manejo de métodos y técnicas específicos de la historia social”, entre ellos los tomados de la sociología y la antropología, por lo que saludaba en especial la aparición de *Metodología de la historia social de España* (1973), de Manuel Tuñón de Lara.²¹

Aludía también Jover en su extenso capítulo al papel mediador de Vilar en la difusión del marxismo y de otros autores en la de métodos weberianos, todavía sin alcanzar la complejidad y síntesis proporcionada para el XVIII por Domínguez Ortiz. Esa historia social tenía una línea de estudio en la historia del movimiento obrero y de las clases trabajadoras, pero con razón traslada el campo más fértil hasta entonces a los estudios y debates sobre la revolución burguesa y la morfología de la sociedad resultante, a la historia demográfica y a la historia económica. En suma, Jover dedica a la historia social más de una tercera parte de las páginas del apartado que levanta acta de la bibliografía más relevante sobre el siglo. A continuación, en otro texto, “Corrientes historiográficas en la España contemporánea”, insiste en la misma idea: la expansión de la historiografía de los años sesenta había dado la primacía a la historia social (“cierta absorbente primacía”) que impregnaba incluso a las otras parcelas, hasta el punto de haberse generalizado, dice, la tendencia a cimentar en sus bases sociales los fenómenos objeto de estudio, en especial en la historia contemporánea.²²

La influencia *annalista* no se reducía a los aspectos cuantitativos y demográficos, ni es una simple emulación. La Escuela de *Annales*, de otra parte, está formada por medievalistas y modernistas, los expertos en historia posterior a 1800 son una excepción. Algo semejante sucede con el Grupo de Historiadores del PCB y con *Past and Present* en su primera época: sus primeros estudios resonantes seguían los problemas presentados por Maurice Dobb sobre el origen del capitalismo y de las modernas estructuras sociales o la crisis del siglo XVII. El tipo de preguntas, el recurso a las fuentes, las referencias podían resultar más cercanas a los especialistas de las mismas épocas. El marxismo, en ese sentido, resultaba más transversal, pero las grandes obras europeas de historia marxista de los siglos XIX y XX constituían un escogido número de títulos. Acaso volvemos a idealizar la edad de oro de la historia social en lugar de observar una época con sus luces, sus aristas y su penumbra.

Es obvio que nada de esto resulta desconocido a Julián Casanova. Su concepción de la historia social, sus preferencias y fuentes de reflexión para lo que especialmente le interesaba –creo entender que las causas de la acción social y la movilización política en los años treinta y los mecanismos de sometimiento que desarticulen los anteriores en la postguerra– le llevaron a acercarse a una versión de historia crítica, a experiencias de análisis sobre la etapa contemporánea y a una serie de historiadores marxistas bastante flexibles en su diálogo con la teoría (Marx y Gramsci vs. II Internacional, Lenin, la ortodoxia soviética como también otras corrientes del marxismo historiográfico

²¹ La contribución de Tuñón de Lara ha sido bastante más amplia que las reflexiones de esta obra. Varios libros colectivos han revisado y evaluado su trayectoria. Quizá los más significativos sean José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra* (Bilbao: Universidad del País Vasco, 1993) y José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia y Ricardo Miralles (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española* (Madrid: Siglo XXI, 1999).

²² José María Jover Zamora, “Corrientes historiográficas en la España contemporánea” [1975], reeditado en *Once ensayos sobre la Historia* (Madrid: Fundación Juan March, 1976), 217-47.

occidental), que harían a su vez de mediadores en el diálogo de Casanova con la historia teórica, puesto que éste es un campo que ha evitado, como generalmente ha soslayado la exploración directa de los clásicos del marxismo. Nada de eso había encontrado en la historiografía española en la versión específica por la que estaba interesado, pero algo de todo eso ya había tomado carta de naturaleza en España.

De la elección realizada por Julián Casanova podían extraerse lecciones útiles para la comprensión de la formación y expresión política de la clase. Sin embargo, con la excepción de Eric Hobsbawm, ninguno de los autores analizados se había adentrado en el estudio del siglo XX, al que nuestro historiador estaba entregado. El Novecientos parecía un terreno abonado a las grandes interpretaciones de la sociología histórica, a la combinación de análisis social, de la movilización y de la transformación del Estado. Comunismo, fascismo y revolución libertaria, crisis del capitalismo, violencia política, encuadramientos de masas, conflictos ideológicos, secularización y reacción católica colmaban las primeras décadas del siglo.

La historia social como proyecto que informaba de las contradicciones para instar al cambio social, como habían alentado algunos los historiadores marxistas británicos, tenía algún sentido. O quizá era reclamar demasiado de una disciplina de conocimiento, porque instar al cambio social no ha sido nunca la pretensión de una disciplina científica; en todo caso, es propio de la esfera del compromiso cívico al que un científico social, tal vez, después de todo, sea más propenso que un físico teórico porque la materia con la que trabaja está hecha de la misma consistencia de la que se construye el presente.

Profile

José Antonio Piqueras is Professor of Contemporary History at the Universitat Jaume I (Spain), where he leads the research group Comparative Social History. His research interests focus upon the history of social relations and political attitudes in Spain and Latin America. Since 1988 he is co-editor of the journal *Historia Social*. He is the author, among other books, of *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión* (Madrid: Ministerio de Trabajo, 1992), *Persiguiendo el porvenir* (Alzira: Algar, 2006), *Cánovas y la derecha española. Del magnicidio a los neocon* (Madrid: Península, 2008), *Bicentenarios de libertad* (Madrid: Península, 2010) and *La esclavitud en las Españas* (Madrid: La Catarata, 2012). He is also co-editor of *A Social History of Spain Labour. New Perspectives on Class, Politics and Gender* (New York: Berghahn Books, 2007), and *State of Ambiguity. Civic Life and Cultural Form in Cuba's First Republic* (Durham: Duke University Press, 2014).

José Antonio Piqueras es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat Jaume I (España), donde dirige el grupo Historia Social Comparada. Se dedica a la historia de las relaciones sociales y de las actitudes políticas en España y América Latina. Desde 1988 codirige la revista *Historia Social*. Es autor, entre otros libros, de *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión* (Madrid: Ministerio de Trabajo, 1992), *Persiguiendo el porvenir* (Alzira: Algar, 2006),

Cánovas y la derecha española. Del magnicidio a los neocon (Madrid: Península, 2008), *Bicentenarios de libertad* (Madrid: Península, 2010) y *La esclavitud en las Españas* (Madrid: La Catarata, 2012). Ha coordinado, en colaboración, *A Social History of Spain Labour. New Perspectives on Class, Politics and Gender* (Nueva York: Berghahn Books, 2007) y *State of Ambiguity. Civic Life and Cultural Form in Cuba's First Republic* (Durham: Duke University Press, 2014).

Fecha de recepción: 19 de mayo de 2015.

Fecha de aceptación: 28 de mayo de 2015.

Publicación: 31 de diciembre de 2015.

Para citar este artículo: José Antonio Piqueras, “La fertilidad de las tierras bajas”, *Historiografías*, 10 (julio-diciembre, 2015): pp. 109-124.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/10/piqueras.pdf>